

**Cátedra: Teoría Literaria II.**

**Docente: Palacio Virginia.**

**Alumno: Palleros Martín.**

**Carrera: Profesorado de Lengua y Literatura- 2º año.**

En el presente trabajo analizaremos, del capítulo tres de “Los Siete Locos” de Roberto Arlt, el acápite denominado “La revelación”. Para ello, nos serviremos de “El proceso de lectura: enfoque fenomenológico” de Wolfgang Iser como soporte teórico.

Partiendo de la teoría fenomenológica del arte, el abordaje de una obra literaria debe tener en cuenta no sólo al texto, sino también las maneras por las cuales el lector lo afronta (Iser, W: 1987: 2). De este modo, el autor toma a Roman Ingarden, quien afirma que la verdadera manifestación de un texto ocurre cuando es “concretizado” (Iser, W: 1987: 2). Esta concretización es la confluencia dada entre el texto y el lector leyéndolo. Por lo tanto, sostiene el autor, la obra literaria contaría con dos polos: el artístico, ligado a la creación del autor, y el estético, que es la concretización creada por el lector. En este sentido, se podría decir que la obra literaria no es ni la realidad del texto, ni el abordaje individual del lector, sino que su existencia radica en la correlación texto-lector, que conforma un espacio virtual a medio camino entre los dos polos (Iser, W: 1987: 2).

Ahora bien, el texto brinda una realidad material concreta (lo que Ingarden llama “visiones esquematizadas”) que proveen informaciones, observaciones, afirmaciones, etc; pero el lector, si el texto lo permite o mejor dicho, lo estimula, relaciona creativamente desde diversas perspectivas dichos esquemas, produciendo así dinamismo en el proceso, y a la vez construyendo un potencial texto “no escrito”, aunque siempre limitado por lo escrito a fin de no volver vagas las implicancias creadas (Iser, W: 1987: 3).

Para analizar este proceso lector desde una perspectiva fenomenológica, es necesario comenzar observando cómo estos esquemas u oraciones consecutivas actúan entre sí; para ello, el autor vuelve a tomar a Ingarden quien dice que el mundo presentado por los textos literarios se construye a partir de los “correlatos oracionales intencionales” (en adelante: COI) (Iser, W: 1987: 3). Éstos, son “marcas” en el texto que ofician de nexos entre las oraciones, y que permiten que el lector se introduzca y haga que interactúen, van más allá de la información que brindan las oraciones y son indicadores de lo que pueda venir (Iser, W: 1987: 3). Es por ello, que además de marcar un posible rumbo, generan expectativas al respecto. A su vez, estas expectativas se ven cambiadas o modificadas por otros COI, produciéndose así un efecto de retrospección con lo que se ha leído. De esta manera, el proceso de construcción de la obra literaria oscila en un vaivén de anticipaciones y retrospecciones constantes, producidas por los COI (Iser, W: 1987: 3).

Este proceso de anticipación-retropección no se da de manera armoniosa. El autor nos dice que cuando se realiza una anticipación, que luego el “texto escrito” echa por tierra, se produce una obstrucción en el pensamiento del lector. Se abren posibilidades inesperadas que lo obligan a establecer nuevas conexiones a fin de llenar “huecos” que son dejados por el autor para favorecer la interacción texto-lector (Iser, W: 1987: 5). De esta forma, el lector irá reconfigurando el “texto virtual” en la medida que actualiza las expectativas modificadas por los datos que el texto escrito provee; es decir, la “representación” del espacio virtual ligado a lo “no escrito”, siempre se verá alterada por los datos proveídos por el escrito, obligando a realizar retrospecciones que modifican el significado de lo que se leyó y que brindan la posibilidad de realizar nuevas anticipaciones.

Iser nos dice que a las representaciones creadas por el lector debemos sumarle, mediante la reagrupación de los elementos, la búsqueda de coherencia, que es fundamental para la comprensión de lo desconocido; en otras palabras, el lector necesita otorgarle un sentido más o menos coherente a ese texto virtual para poder aprehender de él algún significado, y éste está siempre relacionado con sus expectativas que terminan creando una ilusión en el lector (Iser, W: 1987: 7). En suma, se podría decir que el escrito genera una serie de expectativas que el lector vuelca en el texto.

Esta proyección que vuelve sobre lo escrito es producto de interpretaciones o elecciones que el lector ha realizado y que dejan por fuera otras posibilidades descartadas que luego van a “amenazar” la ilusión más o menos homogénea que el lector construyó en el texto virtual. De esta

manera, toda ilusión creada por la elección de un posible camino, se romperá en el futuro por las posibilidades que han quedado excluidas en dicha elección. Esto sucede porque la naturaleza polisemántica que ofrecen los textos literarios se opone a la creación de una ilusión estable, por lo que el desarrollo del proceso lector siempre girará en torno a la búsqueda de un equilibrio que, cuando se logre, será modificado por los sentidos que han quedado afuera y que no permiten que la ilusión impuesta al texto cierre de manera acabada (Iser, W: 1987: 8).

Hemos hecho hasta aquí, un breve recorrido por algunos de los conceptos planteados por Iser. A medida que vayamos aplicándolos al análisis del acápite “La revelación”, iremos profundizándolos e incluiremos algunos otros que se vinculan con éstos muy estrechamente.

Tomando al título como con COI, podemos observar que la palabra “revelación” nos invita a introducirnos en el ejercicio de anticipar que es lo que pueda llegar a mostrar el acápite; en efecto, esta palabra es la marca que el texto nos provee para comenzar a crear el “texto virtual”, además, funciona como el “hueco” al cual podemos llenar de diversas maneras, por ejemplo: podemos empezar a pensar en que habrá una verdad revelada, o que alguien se revelará o también que lo que sigue tendrá ribetes divinos, etc.

Comenzando a leer, encontramos en la primera oración dos marcas: por un lado, la palabra “hospicio”, que nos permite anticipar cosas relacionadas con huérfanos, caridad, o con asilo para enfermos mentales. Por el otro, lo que Ergueta llama “el conocimiento de Dios” (Arlt, R: 2013: 237). Esta marca en el texto produce una retrospectiva hacia el título: la palabra “revelación” comienza a inclinarse para el lado de lo divino.

Continuando con el segundo párrafo, nos encontramos, en la primera oración con una “sala”, luego con una figura que refleja la luna en la pared en forma de cubo; con la palabra cama y luego con “barrotes”. Los COI comienzan a interactuar entre sí, ya que, tenemos al protagonista de este acápite en una “sala” en la que despertaba al amanecer (estaba en la “cama”), mientras que la ventana tenía “barrotes”. Estas marcas textuales nos permiten volver sobre el “hospicio” y reorganizar los elementos a fin de configurar una representación equilibrada: aparentemente, la sala, la cama y los barrotes indicarían que el hospicio era un asilo para enfermos mentales. El cubo “azul” en el muro representa un hueco a llenar; pareciera, por ahora, quedar fuera de la equilibrada ilusión creada, aunque también ese color puede ligarse a lo divino.

Nótese como mediante operaciones deductivas-inductivas se disgregan y congregan los elementos reunidos por el lector. Iser señala que la interacción entre deducción e inducción es la que dota de significado al texto, y como ésta se da fuera de él, es decir, en el proceso de lectura, es un fenómeno que representa la “intención” del autor. Si bien mientras leemos creamos nuestra propia experiencia, siempre trataremos de ordenar los elementos en forma similar a la que el autor los organizó, ya que, sin un acto de recreación el objeto no es percibido como una obra de arte (Iser, W: 1987: 9).

Continuando con el análisis, nos situamos en el párrafo tres. En él, vemos la confirmación del lugar en el que estaba Ergueta (“casa de locos”) y a ello le sumamos que no sentía “preocupación” porque eso no le “concernía”. Estos sentimientos del personaje abren el juego a nuevas anticipaciones e invitan a participar activamente del proceso creativo del lector para con la construcción del “texto virtual”... ¿por qué no le preocupaba estar ahí?... ¿por qué él no tenía que ver con esta situación? El párrafo cuatro vuelve a encauzar las elucubraciones. En el efecto, le preocupa que lo que estuviera “encalabozado” fuera su espíritu; pero lo que yacía aprisionado ahí era su “cuerpo”, el cual pesaba “90 kilos” y había rodado por “lupanares”. Vemos aquí como las preguntas son contenidas por las indicaciones que va ofreciendo el autor, de manera que si hubo anticipaciones contrarias, el lector deberá reorientar retrospectivamente lo leído para otorgarle un significado que dote de coherencia al “texto virtual”. Por otro lado encontramos nuevos elementos que suman a la representación de Ergueta: su kilaje robusto y su afición a los burdeles nos permiten asociarlo a excesos de la carne.

Pasando al párrafo seis, nos encontramos con un Egueta maravillado por su “descubrimiento”. Pero... ¿qué descubrimiento? Es decir, de acuerdo a las hipótesis que fuimos creando y reorganizando deberíamos de poder “llenar” este descubrimiento, por ejemplo, y de acuerdo con lo que hemos barajado hasta aquí, podríamos pensar que este hallazgo gira en torno a la disociación

cuerpo-alma. Sin embargo, el texto nos provee de más marcas: él no es más un cuerpo, es “sensación pura de alma”. De esta manera podemos volver a la “revelación” y sumarle, además del sentido teológico, el sentido de manifestación de una verdad oculta, sin excluir ese plano divino.

En el primer párrafo de (Arlt, R: 2013: 238), Ergueta describe como sentía con realidad la sensación de poder abandonar su cuerpo. Comienza aquí a tomar el primer plano la hipótesis de la disociación entre el cuerpo y el alma y además, nos encontramos con que su cuerpo “próximo a caer” le causaba “náuseas”. Esto nos lleva a mirar retrospectivamente y a conectar nuevamente los COI; en efecto, se nos presenta ahora la posibilidad de relacionar el encierro en el hospicio con el del alma en el cuerpo. Podemos conjeturar que siente necesaria esa división porque si estuvieran unidos indisolublemente su alma quedaría condenada por los excesos a los cuales sometió su cuerpo.

La primera oración del segundo párrafo muestra en el personaje “miedo” por abandonar su cuerpo y no poder volver a “entrar” en él. Pues bien, se nos presenta la idea de que, si bien es sensación “pura de alma”, no resigna del todo los placeres corporales. Por otra parte, el abandono del cuerpo hace que juegue en nuestra imaginación la idea de muerte. Vemos de esta forma, como todos los elementos pasados permanecen susceptibles a ser modificados por los nuevos datos que nos presenta el autor. Todo esto va ligado a nuestras expectativas que, todo el tiempo, se ven modificadas o cambiadas por las interacciones deductivas e inductivas que actualizan el significado general del “texto virtual”.

En el mismo párrafo, luego de jugar con la idea de sobornar a su cuerpo (prometer “redoblonas” para la siguiente “reunión”) a fin de volver a entrar en él, aparecen marcas tales como: “colmado de caridad” y “misericordia” (Arlt, R: 2013: 238). Estas sensaciones de Ergueta, nos llevan a asociaciones con lo divino, religioso. En el tercer párrafo, siente su cuerpo “abajo”. Mientras que en el cuarto, lo ve como en el fondo de un “cajón”. De la misma manera comienza a ver todo desde arriba, y experimenta la sensación de que el “tiempo dejaba de existir”. La idea de muerte se acentúa con su cuerpo en un “cajón”, de la misma manera que la no existencia de tiempo. En este sentido, seguimos encontrando marcas que alimentan esa ilusión: “estancamiento de bondad”, “caridad” y, luego, su agradecimiento y acatamiento al Señor (Arlt, R: 2013: 238).

Si el acápite terminara allí, podríamos “imponer” una interpretación que “concretizara” la obra; podríamos decir, en sencillas palabras, que el personaje experimentó una poética muerte. Esta configuración del “texto virtual” parecería reunir de manera coherente los elementos proporcionados hasta el momento. Como afirma Iser, es necesario marcar, que la configuración de este espacio no representa la “verdad del texto”; es sólo una agrupación de elementos con el fin de construir un sentido coherente y hacer de la obra una experiencia para el lector. Pero es preciso decir que toda interpretación impuesta a un texto, siempre dejará otras excluidas que “perturbarán” el sentido configurado (Iser, W: 1987: 7). De esta manera, todavía en la nuestra, nos queda, por ejemplo, el “cubo azul en la pared”.

Pero las cosas siguen, nos encontramos ahora con un “escalonamiento” de “roquedal” bañado por una luz de “oro”. Luego a Ergueta “restituido” en su “cuerpo”; intranquilo porque su “cuerpo” había “pecado”, pero a la vez esperando que el arrepentimiento de su alma le bastara (“espíritu contrito”) (Arlt, R: 2013: 238). Ese roquedal dorado hace que vuelva a tomar relevancia “el conocimiento de Dios”, ya que se asocia a una imagen típicamente utilizada en lo referido a las apariciones de Santos. Por otro lado, él está nuevamente en su cuerpo. Vemos que la historia nos lleva a seguir anticipando; es decir, todavía no han terminado los sucesos, es más, nos preparamos para profundizar en ellos.

En efecto, Ergueta comienza a hacerse preguntas referidas a qué dirá el “Señor” de su “pinta” de: “burrero”, “cafishio” o de cómo había “enfangado” su “alma inmortal” en “orgías”. Es aquí en donde volvemos a reorganizar lo leído y lo encuadramos en anticipaciones más complejas. Ya que es el mismo personaje quien nos da a entender que deberá “rendir cuentas”. Por lo que la pregunta sería: ¿Podemos anticipar la idea de una especie de “juicio final”? , en donde ¿nuestro personaje se debate entre los pecados cometidos por su cuerpo y el arrepentimiento de su alma? Podemos ver aquí como funciona la retrospectión; es decir, se evocan los datos leídos en la memoria a fin de que

puedan arrojar luz a los nuevos requerimientos que presenta el texto, de manera que es necesario ir modificando los sentidos acuñados hasta el momento (Iser, W: 1987: 4).

Pues bien, a continuación tenemos al “Hijo del Hombre” a pasos de Ergueta pareciendo confirmar la idea de un “juicio”. En la página 240 (Arlt, R: 2013: 240) el personaje presenta la dualidad por la que se debate, ya que manifiesta “querer ser diferente pero no poder”. Más adelante, la “sonrisa” en el rostro de Jesús vuelve a hacer cambiar las cosas. Ergueta ensaya una especie de conversión incondicional (“no pecaré más”) luego de haber negado poder arrepentirse y en la página 241 (Arlt, R: 2013: 241), tiende a arrodillarse luego de haber negado poder hacerlo. Estos giros alteran el equilibrio de lo que vamos configurando y nos empujan a la búsqueda de una nueva moderación ya que los actos de Ergueta muestran contradicciones. Luego, las palabras de Jesús parecen marcar una absolución (“Vente. Sígueme y no peques más”) que hace que Ergueta vuelva a sentir “el conocimiento de Dios”.

Acto seguido, el personaje vuelve la atención a voces de sus compañeros de asilo, que comienzan a hablarle describiéndolo como a un Santo, hasta que un mudo le dice: “vos no sos vos, sino Dios que está en tu cuerpo”, a lo que Ergueta asiente diciendo que sólo Dios en su cuerpo podría hacer milagros, ya que un burdelero como él no podría.

Esta aparición de Cristo, más la absolución y los comentarios de sus compañeros de asilo figurándolo como a un Santo, nos remiten a componentes estructurales dentro del texto; esto es, esquemas literarios conocidos o recurrentes, sumados a alusiones de contextos sociales o históricos. Por otro lado, diferentes técnicas que utiliza el autor para contraponer este esquema conocido con lo desconocido que se va planteando en el texto (Iser, W: 1987: 10). En otras palabras, la idea recurrente o tópica de la aparición divina se presenta en el texto como un elemento que el lector reconoce; sin embargo, a la vez que va acomodando sus expectativas a ese esquema, se utilizan estrategias para perturbar ese conocimiento.

En efecto, los locos comienzan a pedirle que haga un milagro, a lo que Ergueta responde que él vino a predicar la palabra de Dios y no a hacer milagros (Arlt, R: 2013: 242). Ellos insisten, lo llevan hacia un compañero que yacía muerto y le piden que lo resucite; además, le dicen que si no hacía un milagro no podrían creer en Dios. Vemos como esta situación “bíblica”, nos lleva a anticipar un posible milagro de nuestro personaje, ahora Santificado, o todo lo contrario... podría ser que todo desemboque en un absurdo diálogo entre compañeros de asilo para enfermos mentales. De esta forma, el tema recurrente empleado por el autor permite crear una expectativa, pero a la vez desconfiar de ella, dado que el contexto en el cual la utiliza genera una tensión en ella.

Nos situamos ahora en el último párrafo del acápite (Arlt, R: 2013: 243). Ergueta se dispone a pronunciar las “palabras de Vida”, los planos del cubo cambian ante sus ojos y puede ver a los tres locos encuadrados en él, mientras es rodeado por un oscuro y tenebroso torbellino, al tiempo que resbala por una tangente que lo corta, en la inconsciencia. Pues bien, en el final, nuevamente debemos reorganizar retrospectivamente los elementos. Lo primero que cae es la idea del milagro de Ergueta; pero ¿cómo acomodar este desenlace? El cambio de los planos del cubo nos dice que el protagonista ha cambiado de posición, ya no están los cuatro recuadrados en él, sino que puede ver a los tres locos en ese marco celeste. Por otra parte, ¿qué significa que Ergueta resbale por una tangente en la inconsciencia? Definitivamente, bien podríamos retomar el tema de una muerte contada de manera literaria. Nuestro texto virtual cerraría más o menos equilibrado, sin embargo, siempre habrá otras posibilidades, siempre quedarán piezas que no “encajan” del todo bien, que nos perturban y nos invitan a recomponer el rompecabezas ya que, como dice Iser, las posibilidades semánticas de un texto literario siempre seguirán siendo más ricas que cualquier significado configurativo (Iser, W: 1987: 8).